1456

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MUJER DE MI PADRINO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

EDUARDO NAVARRO GONZALVO

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1889

LA MUJER DE MI PADRINO

LA MUJER DE MI PADRINO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

EDUARDO NAVARRO GONZALVO

Estrenado con gran éxito en el TEATRO MARTÍN,
el 7 de Diciembre de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1889

PERSONAJES	ACTORES
ROSALÍA	Sra. Díaz.
ENCARNACIÓN	Srta. Sala.
DON LUCAS	Sr. Castro.
FEDERICO	» García.
APOLINAR	» Benitez.

La accion en Madrid.—Época actual.—Derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Estudio de un escultor. Puerta al foro. A la derecha, segundo término, un balcón practicable. Puertas laterales, dos en la izquierda, y una en primer término de la derecha. Un sillón grande con ruedas junto á una mesa, cuyo tapete llega hasta el suelo. Un armario pequeño colgado en la pared, á la derecha de la puerta del foro. Debe ser un mueble elegante. Colgados en desorden por las paredes, estudios de escultura, como brazos, manos, cabezas, etc., de yeso, y colocados en sus repisas algunos bustos, también de yeso. Las puertas del foro y las dos de la izquierda, con su cerradura y llave correspondientes.

ESCENA PRIMERA

ENCARNACIÓN y DON LUCAS; éste con la levita y el chaleco desabrochado, y aquélla cosiendo un tirante.

LUCAS. Que quede fuertecito, ¿eh?

ENC. No tenga usted cuidado.

LUCAS. Es una fatalidad esto de que he de estar siempre rompiendo los tirantes.

ENC. Usted tiene la culpa. ¡A quién se le ocurre gastar una cosa tan incómoda!

LUCAS. ¡Qué ha de ser incómoda, muchacha!

672317

ENC. De seguro no hay doce personas en Madrid que los usen. Con un buen cinturón...

LUCAS. Yo no puedo sufrir los cinturones.

ENC. Y cada vez que arranca usted un diente, hace estallar un tirante.

LUCAS. Eso es verdad... la posición y la fuerza que es preciso hacer...

ENC. Ya está.

LUCAS. ¡Gracias, hija mía! ¡Adiós! (Medio mutis.) ¡Ah! No le digas á tu marido que he estado á verte... ya sabes que no estamos en muy buena armonía.

ENC. Por culpa de usted, que se negó á dar su consentimiento para mi boda.

LUCAS. Y tenía razón para negarlo. Mira qué bonita posición la que te ha proporcionado tu señor marido.

ENC. ¡Padrino!

LUCAS. Desgraciadamente eras huérfana, mayor de edad y libre, y en mi cualidad de padrino, no pude más que protestar y resignarme.

ENC. Mi marido es un artista...

LUCAS. Sin nombre, sin dinero y sin porvenir... este menage está diciendo á voces lo sobrado que andáis.

ENC. Pero padrino...

LUCAS. Mi antiguo sillón de dentista, que no quise llevarme porque estaba hecho una lástima...

ENC. Pues mire usted, con su funda de percal blanco, está que da gusto. Precisamente cuando usté llegó la estaba planchando.

LUCAS. ¡Valiente ajuar!

ENC. En cambio, mi esposo es joven, guapo, alto...

LUCAS. La miseria de tamaño natural. Lo conozco.

ENC. Tiene talento, inspiración, hará carrera.

LUCAS. Y deudas.

ENC. Ya empiezan...

LUCAS. ¿Las deudas?

ENC. A conocerle. Le han encargado varios trabajos. ¡Un Cristo!

LUCAS. Que haga el Cristo... (y le crucificarán.)

ENC. Yo le aseguro á usted que pronto seremos ricos. Un señorito aficionado á las bellas artes, le ha encargado su busto, y le ofrece seis mil reales si sale parecido.

LUCAS. Bueno, bueno, que trabaje, y si logra hacerte felíz y crearse una posición, yo trataré de conseguir que mí esposa os visite y haga las paces con vosotros.

ENC. Las paces... ¿Cuándo hemos reñido? Se casó con usted unos meses después que yo con Federico, y ni siquiera la conozco. Nunca ha querido verme.

LUCAS. Eso es verdad... pero no es por tí precisamente... cuando supo que estabas casada con un escultor, se puso furiosa... odia á los artistas en general... y á los escultores en particular. Ella fué la que me prohibió en absoluto que te visitara más... y si supiese que vengo de vez en cuando á verte de ocultis...

ENC. Le pegaría á usted.

LUCAS. Tanto como eso... Pero haría una escena de las que acostumbra... ya sabes su manía... á la menor contrariedad que experimenta, amenaza con suicidarse.

ENC. Pero no se suicida.

LUCAS. Tengo mis temores de que llegue alguna vez á realizarlo. Es mucho carácter el suyo.

ENC. ¿Estará loca, padrino?

LUCAS. No apostaría yo lo contrario; por eso, como en mi cualidad de médico-cirujano-dentista, tengo en casa ciertas drogas peligrosas...

ENC. ¡Dios mío!

LUCAS. No temas, las tengo cuidadosamente guardadas, y para que á ella no le choque esto, dejo al alcance de su mano una porción de frascos inofensivos, á los cuales he puesto unos títulos espeluznantes. «Arsénico, ácido prúsico...»

ENC. ¿Y no contienen más que agua?

LUCAS. Agua y la cantidad de opio suficiente para hacerla dormir sin peligro ninguno. De este modo si algún día

en mi ausencia trata de envenenarse, su mismo sueño me delatará su proyecto.

ENC. Vaya una señora extravagante.

ESCENA II

DICHOS y APOLINAR

APOL. ¿Se puede?...

ENC. ¡Señor don Apolinar! Adelante.

LUÇAS. (¡Qué veo! ¡Es él!)

APOL. ¿Y mi querido artista, trabajando?

ENC. No señor; salió hace un momento, pero no debe tardar.

APOL. Entonces, con su permiso de usted, voy á esperarlo. (Entra.)

LUCAS. (No me cabe duda, es el mismo.)

APOL. (Sentándose en una silla que le ofrece Encarnación.)

LUCAS. Caballerito...

APOL. (¡Dios mío ¡El marido de Rosalía!)

LUCAS. Celebro encontrarle á usted aquí.

APOL. (Levantándose.) ¡Señor mío!

LUCAS. ¿Quiere usted explicarme por qué siempre que salgo á la calle con mi mujer viene usted detrás persiguiéndonos?

APOL. Yo le explicaré...

LUCAS. ¿Por qué nos sigue usted?

APOL. La cosa es muy natural. ¿No es usted el célebre dentista Posma?

LUCAS. Sí señor. Don Lucas Posma, pero no veo la razón...

APOL. La fama universal de que usted goza ha llegado hasta mí; yo sé que pone usted unos dientes postizos, que duelen lo mismo que los naturales, y yo, que soy entusiasta por los grandes hombres, le sigo á usted por todas partes, admirando al sacerdote de la ciencia.

LUCAS. Eso no es natural.

APOL. Natural y antiguo. Recuerde usted que los griegos seguían por do quier al sabio Hipócrates.

LUCAS. Pero Hipócrates, no era casado, señor mío.

ENC. ¿Tú qué sabes, padrino?

APOL. Eso. ¿Qué sabemos nosotros?

LUCAS. Yo sí que lo sé. En lo sucesivo, si continúa usted la persecución, me veré en el caso...

APOL. ¿De enseñarme los dientes?

LUCAS. De arrancarle á usted los suyos.

APOL. Gracias, no me duele ninguno.

LUCAS. ¿Se burla usted? (Amenazándole.)

ENC. (Interponiéndose, y bajo á Lucas.) ¡Por Dios, que es el parroquiano de los seis mil reales!

LUCAS. En cuanto los hayáis cobrado, avísame. Lo dicho, señor mío. (Mutis.)

APOL. Vaya usted con Dios, desagradecido.

ESCENA III

APOLINAR y ENCARNACIÓN

ENC. ¿Conque hace usted el amor á la mujer de mi padrino?

APOL. ¿Su padrino de usted? Yo ignoraba... Además, lo que ha dicho no es exacto... Llegué un día á su gabinete, no le encontré y estuve, mientras le esperaba, hablando unos momentos con su señora.

ENC. ¿Fué usted á consultarle?...

APOL. Sí, sobre una fluxión; pero me alivié antes de su regreso y me marché sin verle...

ENC. ¿Y por qué le sigue usted ahora?

APOL. Si no le sigo, Saludo sencillamente á su señora cuando la encuentro, y esto le molesta, naturalmente.

ENC. ¿Naturalmente?

APOL. Además, ¿cómo puede usted suponer semejante cosa, sabiendo que mi único pensamiento, mi única pasión, es...

ENC. ¡Caballero! No olvide usted lo que le dije ayer. Soy honrada. Amo con toda el alma á mi marido.

APOL. (¡Y para oir esto, encargue usted bustitos de seis mil reales!)

ENC. ¡Oigo pasos! ¡Aquí está Federico!

APOL. (¡Así se lo lleven los demonios!)

ESCENA IV

DICHOS y FEDERICO

FEDER. ¡Oh, señor don Apolinar!

APOL. ¡Querido maestro!

FEDER. Ruego á usted que me dispense si me he retrasado un poco en la hora de nuestra cita.

APOL. No vale la pena. ¿Y cómo anda ese trabajo?

FEDER. En los preliminares... Acerca esa bola, Encarnación.

ENC. (Dándole una bola de tierra gredosa que habrá en la mesa.) ¿Esta?

FEDER. Sí. (Presentándola á Apolinar.) Aquí tiene usted su cabeza.

APOL. ¿Cómo? ¿Ese boliche es mi cabeza?

FEDER. Todas comienzan por esto. Si usted me encargara las tres Gracias, comenzaría por lo mismo... tres melones.

APOL. ¿Y de ese melón?...

FEDER. De ese melón ha de surgir el retrato más acabado y más perfecto...

APOL. Permítame usted que dude.

FEDER. ¡Dudar! Respondo de su cabeza de usted con la mía. ¿Me toma usted por un artista adocenado?... ¡Encarnación! Enseña á este señor los trabajos que tengo terminados.

ENC. (Abriendo el armario colgado en la pared y sacando dos estatuitas y un busto pequeño de mujer.) ¡Mire usted, qué Diana cazadora, qué Hércules y qué busto de señora.

APOL. Guapa, guapa ella... y con una espalda y una contra

espalda!... ¡pero calíe, yo he visto esta cara en alguna parte!

ENC. ¿La conoce usted?

FEDER. (¡Dios mío de mi vida!)

APOL. ¡Ya lo creo!

FEDER. ¡Imposible! Es una obra de imaginación.

APOL. (¡Si es el busto de Rosalía!)

ENC. Por eso lo tenías en tanto aprecio!

FEDER. Como obra de arte nada más... Es posible que tenga parecido con alguna persona conocida de este caballero...

APOL. ¡Vaya si tiene! (Como que es la misma.)

ENC. Tú me engañas, Federico: ese es un recuerdo de amor.

FEDER. Cuando yo te aseguro... (¡Maldito charlatán!)

ENC. Pues bien; rómpelo si no es verdad lo que sospecho.

FEDER. ¿Romper una obra que con tanto cariño ha trabajado mi cincel? ¡Jamás!

ENC. Ya lo confiesas... con tanto cariño.

FEDER. Cariño artístico, mujer.

APOL. Termine la disputa. Yo compro el busto.

FEDER. ¿Usted?

ENC. Me alegro.

APOL. Doy por él dos mil pesetas.

ENC. ¡Dos mil pesetas, ya lo oyes!

FEDER. (¡Qué compromiso!) El caso es que...

APOL. En el acto. (Sacando la cartera.)

ENC. Tome usted. (Dándoselo.)

FEDER. (Interponiéndose.) Poco á poco... yo no puedo desprenderme de ese trabajo.

ENC. ¿Por qué?

FEDER. Porque lo necesito.

ENC. ¿Lo necesitas?

FEDER. Como reclamo... quiero exponerlo en el escaparate de Bach ó de Cardenal.

APOL. Diga usted que quiere conservarlo como recuerdo.

FEDER. Un reclamo no es un recuerdo, caballero.

APOL. Vamos, ¿y si para pagarle á usted reclamo y todo, añado otras mil pesetas?

ENC. ¡Tres mil! Ahora no te podrás negar, á no ser que sea de alguna...

FEDER. No hay remedio. Ya que tanto interés demuestra usted por adquirirlo, sea.

ENC. ¡Gracias á Dios!

APOL. Gracias. (Ahora veremos si la desdeñosa dentista se humaniza.)

FEDER. (Rosalía no es probable que se entere nunca...)

ENC. ¿Se lo lleva usted?

APOL. Ahora, no; voy á hacer una visita, pero volveré muy pronto á recogerlo.

FEDER. Guarda entonces todo eso... ¿Quiere usted que comencemos nuestra sesión?

ENC. Yo les dejo á ustedes; tengo que hacer, y con su permiso...

FEDER. Anda, anda...

APOL. (Se marcha; voy á interrogar á este...) (Federico hace sentar á Apolinar, como arreglando el modelo.

ENC. (Guardando los bustos en el armario.) (Voy á ver á mi vecina la abogada del segundo piso... ¡Orgullosa! Dice que su esposo es una celebridad. Yo la diré que también el mío es un gran artista... ¡Ya vende los bustos á tres mil pesetas! (Alto.) Ya está esto guardado. Hasta luégo. (Vase.)

ESCENA V

FEDERICO y APOLINAR

FEDER. Un poco más alta la cabeza.

APOL. (Levantándose.) No; hoy no trabajamos; tengo que marcharme en seguida.

FEDER En ese caso...

APOL. Sentiría en el alma haber dado á usted un disgusto serio.

FEDER. ¿Por la compra del busto?... ¡Bah! No lo crea usted.

APOL. Vamos; á mí no me engaña usted como á su esposa.

FEDER. Ese es el error.

APOL. Ese es un pecadillo de usted.

FEDER. Historia antigua, pecado viejo.

APOL. ¡Ah! Pero hubo algo, ¿eh?

FEDER. ¡Pschs! Era yo soltero todavía. ¡Y si viera usted cuánto celebro haber terminado esas relaciones!...

APOL. ¿Sí?

FEDER. La señora en cuestión es de lo más insufrible que usted puede figurarse.

APOL. Pues...

FEDSR. Nerviosa, dominante y siempre asustándole á uno con que se va á suicidar.

APOL. ¡Demonio!

FEDER. Y por la cosa más insignificante. «Federico, llévame esta noche al teatro.» No puedo, hija mía, tengo que hacer. «¡Mónstruo! ¡vas á ver otra mujer! ¡Esta noche, me tomo dos cajas de fósforos en aguardiente!» Otro día: «Vamos á comer juntos,..» No tengo dinero... «¡Infame! Voy á arrojarme por el viaducto.»

APOL. Eso es estar con el alma en un hilo.

FEDER. Durante algún tiempo, creí que se iba á matar de veras y accedí á todos sus caprichos, hasta que una mañanita se presentó en mi estudio con la pretensión de que la comprase no sé qué chuchería. Me negué á su capricho, y me amenazó con tirarse por la ventana á la calle.

APOL. ¡Horror!

FEDER. Entonces, aburrido, abrí la ventana de par en par y la coloqué uua silla para que pudiera saltar más cómodamente.

APOL. ¿Y ella?

FEDER. Ella, al ver mi resolución, se marchó tranquilamente por la puerta, y no la he vuelto á ver.

APOL. ¿Y no sabe usted?...

FEDER. Sé que se ha casado con un dentista, precisamente el padríno de mi mujer; pero como estamos reñidos...

APOL. Yo le conozco. El doctor Posma.

FEDER. ¡Ah! ¿Usted le conoce?

APOL. Mucho, y á su señora también.

FEDER. Y yo he estado aquí charlando...

APOL. ¡Oh! Pierda usted cuidado. Soy una tumba.

FEDER. Si ella ve el busto, comprenderá al instante...

APOL. No lo verá..., le doy á usted mi palabra. Conque hasta luégo, querido artista.

FEDER. Suplico á usted por Dios, que...

FEDER. Ya le he dicho á usted que soy un sarcófago. Abur. (Mutis.)

ESCENA VI

FEDERICO

Ya siento haberle vendido el busto y sobre todo haber cometido la tontería de contarle mi aventura con Rosalía. ¡Quién iba á figurarse qoe la conociera! En fin, con tal que no haga mal uso de mi confianza, y lo pague el pobre padrino...

ESCENA VII

DICHO y ROSALÍA

ROSALIA. (En el foro.) ¡Él es! ¡Caballero!

FEDER. ¡Qué veo! ¡Rosalía!

ROSALIA. (Entrando.) ¿Se ha dignado usted reconocerme? ¡Oh! ¡qué l ondadoso!

FEDER. ¿Tú en mi casa?

ROSALIA. ¡Parece que te ha sroprendido la visita!

FEDER. Un poco... lo confieso.

ROSALIA. Acabo de saber por mi marido que ha estado aquí...

FEDER. ¿Aquí? ¡Imposible!

ROSALIA. Me lo ha dicho él mismo, pretendiendo que yo sea amiga... de su ahijada, de tu mujer; esto es imposible.

FEDER. Opino lo mismo.

ROSALIA. Alguna vez habíamos de estar acordes. (Se sienta.)

FEDED. Tienes razón.

ROSALIA. Mas como quiera que mi marido á pesar de mi prohibición, es fácil que vuelva por esta casa, tengo interés en que no encuentre en ella nada que pueda comprometerme.

FEDER. ¿A tí?

ROSALIA. En una palabra, vengo á que me entregues mi busto. (Se levanta.)

FEDER. ¿Tu busto?

ROSALIA. Sí, aquel busto que en horas más felices hiciste para mí. Lucas puede verlo, y está demasiado parecido y demasiado escotado para mi tranquilidad doméstica.

FEDER. (¡Demonio!) Y yo que lo he vendido en tres mil pesetas!)

ROSALIA. ¿Qué estás pensando?

FEDER. Lamento en el alma...

ROSALIA. ¡No lamentes nada! Ya comprenderás que mi nueva posición de mujer casada, no me permite dejar en tus manos semejante prueba.

FEDER. Pues hija, no puedo complacerte. Esa figura deliciosa ya no está en mi poder.

ROSALIA. Mientes como un sacamuelas.

FEDER. Estás insultando á tu marido.

ROSALIA. Basta, lo quiero y lo tendré. (Sentándose.) No me marcho sin llevarme el busto.

FEDER. Es inútil tu empeño. Repito que lo hice mil pedazos hace tiempo.

ROSALIA. Y yo te repito que mientes.

FEDER. ¡Señora!

ROSALIA. (Con zalamería.) Vamos, Federico, sé bueno, sé complaciente, mira que vas á obligarme á hacer una barbaridad.

FEDER. ¡Já, já, já! Ya conozco el sistema.

ROSALIA. ¡Te burlas! Mira que vas á ser la causa de mi muerte.

FEDER. Aún está lejos la pulmonía que ha de acabar con tu preciosa existencia. No temas.

ROSALIA. ¡Federico! ¡Federico! Mira que no son palabras vanas lo que te digo. Si otra vez me faltó la energía para cumplir mis amenazas, hoy es otra cosa. Tengo sagrados deberes que cumplir, y el honor me impone el sacrificio de la vida.

FEDER. Déjate de tonterías, mujer.

ROSALIA. ¡Tonterías! ¡y lo llama tonterías! (Sacando un frasco.) Mira este frasco... lee esta etiqueta escrita de puño y letra de mi marido.

FEDER. «Acido prúsico.»

ROSALIA. Devuélveme en seguida el busto acusador, ó apuro aquí mismo el contenido de este frasco. Elije.

FEDER. ¿Quieres que destape yo mismo?

ROSALIA. ¡Asesino! ¿Serías capáz?...

FEDER. ¿A qué vienen esas tontunas? ¿Crees que no me acuerdo del día de la ventana?

ROSALIA. ¡Oh! El desgraciado no comprende lo que han variado las circunstancias.

FEDER. (Riéndose.) Voy á buscarte una copa, y beberás con más comodidad. (Sube á buscar la copa al armario.)

ROSALIA. (Afortunadamente he sorprendido á Lucas llenando de agua estos botes, y sé que no hay peligro.)

FEDER. (Que baja con una copa en la mano.) Aquí tienes la copita.

ROSALIA. ¿Conque no me crees?

FEDER. No.

ROSALIA. Te juro que es un veneno de los más activos.

FEDER. Pues bebe, hija, bebe.

ROSALIA. Sea. (Destapando.) Que mi sombra te persiga noche y día. ¡Mónstruo!

FEDER. Amén.

ROSALIA. Adiós para siempre. (Bebe y se guarda el frasco, dejándose caer en el sillón.)

FEDER. Divertirse. ¡Hasta el Valle de Josafat! ¡Já, já, já! (Breve pausa. Resalía se agita un momento en el sillón. Después comienza á pasarse los manos por los ojos. Se levanta, se vuelve á sentar, etc., etc.)

ROSALIA. ¡Dios mío!... ¡qué pesadéz! Mis párpados se cierran... ¡Mi cabeza vacila!... ¿qué es esto?

FEDER. No hagas caso... es el veneno... el veneno que hace sus efectos. (¡Qué buena actríz hubiera sido!)

ROSALIA. ¡Ay! Esto es natural.

FEDER. Ya lo creo que no es natural.

ROSALIA. (Si mi marido... ¡pero no... es imposible!) (Procurando levantarse.) Vuelve á caer en el sillón.) No puedo... no puedo...

FEDER. ¡Eh! Nada de majaderías. Levántate y vete.

ROSALIA. Yo me voy á morir... ¡ay!

FEDER. ¡Caracoles! ¡Rosalía! ¡Rosalía! Será posible que haya hecho una atrocidad. ¡Rosalía! ¿No me oyes? Responde. No te mueras aquí. Vete. ¡Toma el tranvía si quieres! ¡Demonio! Esto es grave, muy grave... Voy á buscar agua, vinagre, cualquier cosa. (Vase corriendo.)

ROSALIA. (Luchando con el sueño que la domina por momentos.) ¡Qué pesadéz! ¡Siento una debilidad! Un sopor. ¡Ay, mi cabeza!... qué sueño tan irresistible... ¡ah! (Se queda dormida.)

FEDER. (Con un vaso de agua.) Rosalía, toma; bebe, vuelve en tí. (Rosalía ronca.) ¡Pues no está roncando!... Y Encarnación que puede entrar de un momento á otro... ¡Qué compromiso!... ¡Rosalía! Y no se despierta... ¿Qué hago? ¿Dónde la oculto? ¡Ah! Allí, en el taller. (Coge el sillón por el respaldo y le hace rodar hasta la primera de la izquierda.) Cuidado si es pesada la broma de venirse á dormir aquí de esa manera.

ESCENA VII

DICHOS y DON LUCAS por el foro.

LUCAS. Necesito ver á Encarnación para decirla... (Viendo á Federico que ya tiene el sillón casi metido en la habitación de la izquierda.) ¿Qué es eso?... Parece una mujer... Si fuese mi ahijada... ¡Caballero!...

FEDER. (Sin volverse.) ¡Ay! (Empuja el sillón y sin volverse dice:) Vaya usted á buscar un médico.

LUCAS. ¿Un médico?

FEDER. (Cerrando la puerta y volviendo) Sí señor, un médico. (Reconociéndole.) (¡Uf! ¡El marido!)

LUCAS. Diga usted, ¿es una mujer?...

FEDER. No, no señor, es un maniquí.

LUCAS. ¿Y busca usted un médico para un maniquí?

FEDER. Diré á usted. No es un médico precisamente lo que necesito... es un hortopédico.

LUCAS. ¿Un hortopédico?

FEDER. Se le han desarticulado los dos brazos...

LUCAS. Usted ha dicho un médico, y...

FEDER. Sí, sí, tiene usted razón. El médico es para mí... me sentía mal.

LUCAS. En ese caso...

FEDER. No, no se moleste usted; solo con verle, ya me siento mejor. Creo que son dos pesetas la visita. Tómelas usted. (Dándoselas.)

LUCAS. No se trata aquí de las dos pesetas, que yo desprecio, (Guardándoselas en el bolsillo.) sino de mi ahijada Encarnación, á la que necesito hablar inmediatamente.

FEDER. En este momento no está.

LUCAS. ¡Falso(Usted conducía en el sillón á una mujer que ha encerrado allí y debe ser ella. Abra usted esa puerta.

FEDER. ¡Jamás!

LUCAS. Exijo que habra usted inmediatamente.

FEDER. Sea. Demos la vuelta por el tocador y podrá usted verla sin que se asuste ni sorprenda. La pobrecita no se encuentra muy bien.

LUCAS. Cuando yo decía... Vamos, hombre, vamos.

FEDER. Pase usted. (Le hace entrar por la lateral segunda izquierda y cierra con llave.) ¡Ya es mío! ¡Corramos á salvar á esa desdichada! (Entra y sale trayendo en sus brazos á Rosalía que continúa durmiendo. Lucas golpea la puerta furiosamente.) ¡Sí, golpea, golpea, dentista de los demonios! Corro

en busca de un coche y la dejo en su casa en diez minutos. (Se dirige al foro y se oye la voz de Apolinar, cantando: *Pobre, chica.* ¡Rayos y truenos! ¡Apolinar! (Retrocede y coloca á Rosalía en la butaca del proscenio. Quita de un tirón el tapete de la mesa y la oculta con él por completo.) Ronca, hija, ronca. ¡Bonita posición! El marido allí, aqui la mujer...

ESCENA VIII

DICHOS y APOLINAR

APOL. No dirá usted que he tardado mucho. He venido corriendo.

FEDER. No. (Así te hubieras estrellado); pero en estos momentos estoy tan... (Lucas golpea.)

APOL. ¡Eh! ¿Qué ruído es ese?

FEDER. ¿Eso? No haga usted caso, no es nada, son los ratones.

APOL. ¡Demonio! Pero á usted le pasa algo. Está usted pálido, tembloroso...

FEDER. Las tercianas. Hoy me toca. (Lucas golpea.)

APOL. ¿Pero esos golpes?...

FEDER. (De sanguijuelas los necesitaba yo ahora.) Repito que no haga usted caso.

LUCAS. (Dentro.) ¡Abra usted la puerta! ¡abra usted!

APOL. ¡Un hombre encerrado! Voy...

FEDER. No haga usted eso... es un loco... un cliente mío que que se ha vuelto loco.

APOL. ¿De qué?

FEDER. De repente.

APOL. ¡Pobre hombre! Es preciso prestarle socorro. (Se dirige rápidamente, abre, entra y se oye dentro ruído de lucha y golpes.)

FEDER. ¡Maria Santísima! (Coge en brazos á Rosalía y la oculta en la primera de la derecha.)

LUCAS. (Sale agarrando por el cuello á Apolinar.) ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Bribón!

APOL. ¡Socorro! ¡Me ahoga!

FEDER. Así se devoren los dos. (Mutis por la derecha.)

LUCAS. ¡Cómo! ¿No es Federico? (Soltándole.)

APOL. ¡El dentista!

LUCAS. ¿Qué hace usted aqui?

APOL. ¿Y usted qué hacía allí?

LUCAS. ¡Oh! ¡Qué sospecha!

APOL. ¿Qué ocurre?

LUCAS. (Cogiéndole de la solapa.) Ya lo adivino todo... esa mujer que trataban de ocultar, es la mía.

APOL. ¿La suya?

LUCAS. Y está encerrada allí. (Señalando la primera de la izquierda.(

APOL. ¿Allí?

LUCAS. ¡Oh! ¡No esperes engañarme, traidor! estabas de acuerdo con él.

APOL. ¿Yo, con quién?

LUCAS. ¡Silencio! Entra conmigo. Voy á confrontarte con ella

APOL. Yo no voy.

LUCAS. Pronto, lo quiero, lo mando. (Empuja á Apolinar y entra con él en la primera de la izquierda.)

APOL. Repito á usted que yo...

LUCAS. Entra y calla. (Mutis.)

FEDER. (Sale corriendo y echa la llave, dejándolos dentro.) ¡Salvado otra vez! No perdamos tiempo. (Se dirige á coger á Rosalía y en este momento aparece en el foro Encarnación, trayendo en la mano la funda blanca del sillón.)

ESCENA IX

FEDERICO y ENCARNACIÓN

ENC. ¡Federico!

FEDER. (Mi mujer.)

ENC. Aquí traigo la funda del sillón... mira qué bien planchada.

FEDER. (Cogiéndola.) Sí, ya lo veo, vete, déjame solo.

ENC. ¿Qué dices? Me despides de un modo...

FEDER. Te lo ruego, mujer, te lo suplico; pero vete.

ENC. ¿Pero qué tienes, Federico?

FEDER. Nada, márchate. Ya te explicaré más despacio... (Golpes.)

ENC. ¿Qué es eso?

FEDER. Nada, el gato que araña.

ENC. ¡Si no tenemos gato!

FEDER. Ya lo creo que tenemos gato.

LUCAS. Abra usted.

ENC. ¿Qué oigo?

FEDER. Nada. ¡Te has vuelto sorda! Vete.

LUCAS. Voy á derribar la puerta.

ENC. La voz de mi padrino. ¡Corro!

FEDER. ¡Quieta! (Con la funda del sillón que conserva en la mano, cubre por completo á Encarnación, introduciéndole rápidamente la funda por la cabeza y tirando hacia abajo.) No hay que perder tiempo. (Entra en lo primera de la derecha, y vuelve á salir inmediamente trayendo en brazos á Rosalía, y vase corriendo por el foro.)

ENC. (Haciendo por sacarse la funda.) ¡Socorro! (La puerta primera cede á los golpes, y se precipitan á la escena Lucas y Apolinar.

ESCENA X

ENCARNACIÓN, APOLINAR y LUCAS

LUCAS. ¡Aquí está!

APOL. ¡Esta es! (Le quitan la funda entre los dos.)

ENC. ¡Uf!!

LUCAS. ¡Encarnación!

APOL. ¡La mujer de Federico!

LUCAS. ¿Pero qué ha pasado aquí? ¿qué lío es este? Hable usted.

APOL. ¿Yo? (Con viveza hasta al final.) Pues yo venía á buscar un busto que he comprado hace poco, oí unos golpes muy fuertes que daban en aquella puerta, pregunté á Federico lo que era y me contestó que los ratones.

Entonces oí voces, y él añadió que era un loco... me precipito á abrir la puerta para salvar al infortunado; usted sale como una bomba, me quiere extrangular y me hace entrar á viva fuerza en ese cuarto donde nos encierran, y no sé nada más.

LUCAS. ¿Y tú?

ENC. Yo venía del cuarto segundo de visitar á una vecina; al entrar encontré á Federico pálido y desencajado que me arrojaba de aquí; protesté, insistió, oí unos golpes, luégo la voz de usted, quise correr á abrir esa puerta, y entonces mi marido me envolvió en la funda del sillón; comencé á pedir socorro, y no se nada más. ¿Y usted?

LUCAS. Yo venía á decirte que Rosalía se negaba á hacer las paces contigo. (Vivo hasta el final.) Al entrar veo á ese fabricante de Santibonitibarati que conduce á una mujer desmayada en el sillón hasta ese cuarto... Creyendo que eras tú quiero socorrerte, tu marido se niega, cede al fin, y me hace entrar por ahí para ir en tu auxilio; y apenas entro me cierra con llave... grito, pateo; este caballero me salva y juntos penetramos allí, donde creo encontrar á mi mujer; pero no la veo, nos encierran de nuevo, derribamos la puerta, te libramos á tí de la funda del sillón... y no sé nada más.

ENC. ¿Pero y Federico? ¿Dónde está Federico?

APOL. (Llamando.) ¡Federico!

ENC. ¡Federico!

LUCAS. Sí, échale un galgo á tu Federico.

ENC. ¡Oh! Pues yo lo encontraré, y si es verdad que me engaña, le saco los ojos. Voy á buscarle. (Vase por el foro.)

LUCAS. Yo te ayudaré en tus pesquisas, y si la infame que causa tus desventuras es mi mujer, ¡ay de los dos! Necesitaremos un panteón de familia, pero no importa! (Vase por el foro.)

ESCENA XI

APOLINAR

Pues yo me quedo. En ninguna parte mejor que aquí podré aclarar estos líos; y si es lo que yo me figuro, si mi sospechas se confirman y la esposa del dentista es la heroína de la aventura... procuraré sacar todo el partido posible de la situación. Alguien se acerca. Veamos. (Se oculta en la primera de la derecha, de modo que lo vea el público.)

ESCENA XII

DICHO y FEDERICO por el foro, trayendo en brazos á ROSALÍA

FEDER. (Jadeante.) ¡Ay! ¡Estoy derrengado! ¡Imposible soltar este fardo! Estaba en el portal esperando que pasara un coche para conducir á esta desventurada, y como siempre que hacen falta, ni uno. Envié al portero en su busca y poco después oí en las escaleras la voz de mi mujer que bajaba... no tuve tiempo más que para esconderme en la portería con este tronco... ¡Ronca, hija, ronca! Después bajó don Lucas y se alejaron los dos, no sé á qué ni á dónde, y aprovecho este interregno para volver á subir, á ver si logro despertarla y... (En este momento, Apolinar se dirige de puntillas desde la primera de la derecha al foro, pero Federico lo oye y se vuelve rápidamente.) ¡Apolinar!

APOL. (¡Me pescó!)

FEDER. Por Dios, haga usted el favor de echar aquí una mano.

APOL. Dispense usted, pero yo...

FEDER. Ayúdeme usted á reparar sus faltas.

APOL. ¿Las faltas de quién?

FEDER. De usted. Ahí va. Condúzcala á escape á su casa... En la puerta tengo un coche que habrá traído el portero.

APOL. ¡Canario, cómo pesa!

FEDER. (¡Á quién se lo cuenta!)

APOL. Señor mío, yo no puedo...

FEDER. Ni yo. Vamos. ¡Prontito, prontito!... ¡Ah! Voy á sacar su abrigo y su sombrero que están ahí... Espere usted un segundo. (Mutis por la primera de la izquierda.)

APOL. ¡Y está guapa! Mucho deseaba yo una entrevista con esta señora.

LUCAS. (Que entra corriendo por el foro y le ve con Rosalía en los brazos.) ¡Ah, miserable!

APOL. ¡El marido!

ESCENA XIII

LUCAS, APOLINAR, después FEDERICO

LUCAS. ¿Conque eras tú el aleve? (Muy dramático.)

APOL. Yo le explicaré á usted...

LUCAS. ¡Silencio! Uno de los dos está demás en el mundo.

APOL. ¡Yo no!

LUCAS. Nos batiremos á muerte, ¿lo oyes?

APOL. ¡Bueno! Pero tome usted su mujer.

LUCAS. ¡Jamás!

APOL. ¡Ó la coge usted, ó la suelto!

LUCAS. (Recibiéndola.) ¡Cobarde!

APOL. ¡Sálvese el que pueda! (Mutis por la primera de la derecha.)

LUCAS. Yo te alcanzaré.

FEDER. (Saliendo con el sombrero y abrigo de Rosalía, los cuales vuelve á arrojar dentro al ver á Lucas.) ¡Cielos! ¿qué ocurre aquí?

LUCAS. Tome usted; vuelvo en seguida. (Le arroja en los brazos á Rosalía, y sale corriendo por donde se fué Apolinar.)

FEDER. ¡Otra vez, Dios mio, otra vez! ¡Este tragín es insoportable! (La conduce á la butaca y la sienta.) Parece que se mueve, sí, suspira... (Se arrodilla á sus piés y le coge las manos.) Ya vuelve, es decir, ya se despierta. Ya abre los ojos...

ENC. (Que ha salido por el foro.) ¿Conque abre los ojos?

FEDER. ¡Encarnación! (¡El fin del mundo!)

ESCENA XIV

DICHOS y ENCARNACIÓN

ENC. ¡Me alegro! En cuanto los acabe de abrir, la araño.

FEDER. Detente.

ENC. ¡Infame!

FEDER. ¡Chist! Es la mujer de tu padrino.

ENC. ¿La mujer de don Lucas? ¿Y qué hace aquí?

ROSALIA. ¡Ay, qué horrible malestar!

FEDER. Todo lo sabrás. Ayúdame ahora.

ENC. ¿Yo?...

FEDER. ¡Por favor!

ROSALIA. ¿Esta joven es...?

LUCAS. (Dentro.) ¡No te escaparás, bribón!

ROSALIA. (Levantándose de un salto.) ¡Mi marido! ¡Huyamos!

FEDER. Pronto. Ven. Encarnación. (Vanse por la primera de la izquierda.)

ENC. Ya lo creo que voy... necesito aclarar á todo trance... pero de aquí no sale nadie. (Cierra la puerta del foro con llave llevándosela, y se marcha detrás de los dos por la primera de la izquierda.)

ESCENA XV

APOLINAR, en seguida LUCAS

APOL. (Corriendo.) ¡Ese bárbaro me va á dividir! (Dirigiéndose al foro.) ¡Condenación! ¡Cerrada! (Busca azorado donde esconderse, y al ver el balcón se precipita dentro, y cierra.) ¡Aquí!

LUCAS. (Que sale corriendo con un bastón en la mano.) ¿Dónde está ese pillo?... (Va al foro: el mismo juego anterior.) ¡Sal, canalla! ¡No te escondas! (Inspecciona rápidamente debajo de la mesa, golpea los muebles, y por fin se fija en el balcón.) ¡Ah! ¡te pesqué! ¡Salga usted de ahí, que quiero matarle! (Lo saca de una oreja.)

APOL. ¡Soy inocente!

LUCAS. Responda usted en seguida.

APOL. Pido una tregua para capitular.

LUCAS. (Sacando el reloj.) ¡Te doy dos minutos! Si no te justificas te perniquiebro.

APOL. Dos minutos es poco... necesito un par de meses.

LUCAS. ¿Te estás burlando de mí?

APOL. Yo no tengo nada que ver con su mujer de usted.

LUCAS. ¿Y la tenías en tus brazos?

APOL. Era por cuenta de otro.

LUCAS. ¿De otro? ¿Quién era el otro?

FEDER. (Saliendo.) ¡Yo!

LUCAS. ¿Tú?

APOL. ¡Gracias á Dios!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ROSALÍA y ENCARNACIÓN

FEDER. Salga usted, señora. Confundamos á este envenenador.

LUCAS. ¿Cómo se entiende?

ENC. ¡Usted envenenador, padrino?

LUCAS. ¿Yo?

ROSALIA. ¡Tú! ¿Qué contenía este frasco?

LUCAS. ¿Has bebido?

ROSALIA. ¡Todo!

ENC. / FEDER. } ¡Todo!

APOL. Pues yo no entiendo nada.

LUCAS. ¿Pero qué razón?...

ROSALIA. Tenía celos... me digeron que tenías un lío, y me envenené.

FEDER. Y fué aquí, en mi domicilio.

ROSALIA. ¡Naturalmente! Te seguí, te vi entrar en esta casa, y quise suicidarme en ella para que tú presenciaras mi agonía.

FEDER. ¡Y me ha dado el rato!...

ENC. Y á mí.

APOL. ¡Y á mí!

LUCAS. ¡Angel mío! ¡Esa prueba de cariño!... Afortunadamente no era más que agua con opio.

APOL. ¡Pues nos ha dado el opio!

ROSALIA. Ahora, agradecida á las bondades de tu ahijada y de su esposo, seremos los mejores amigos del mundo.

LUCAS. ¡Celebro en el alma!..

FEDER. (Que ha sacado el busto del armario durante el diálogo anterior, se acerca á Rosalía y la dice:) Cumplió usted su palabra. Cumplo la mía. (Lo arroja por el balcón.)

LUCAS. ¿Qué has tirado por la ventana?

ROSALIA. La última ilusión de un necio que ya no volverá á codiciar la mujer del prójimo.

LUCAS. ¿Eh? (Mirando muy escamado á Apolinar.)

ENC. Mi esposo tiene mucho trabajo, y no puede ocuparse en el busto de usted.

FEDER. Yo lo siento, pero...

APOL. Comprendido. (¡Derrota completa!) Á los piés de ustedes.

ROSALIA. Vaya usted con Dios, pillín. (Vase Apolinar.)

LUCAS. (Queriendo salir detrás.) ¡Ah! ¿Conque ese tipo?...

FEDER. ¡Déjelo usted! ¡Bastante castigado va!

LUCAS. (Al público.) El juguete ha concluido,
si tú tan amable fueras...

ROSALIA. (Adelantándose.) ¡Si no aplaudes me suicido!

FEDER. ¡Mujer! (Riéndose.)

ROSALIA. ¡Lo digo de veras!

ENC. Date tú por convencido (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.